

PEPE COLUBI



PEPE COLUBI

CHORROMOCO

*** 91 ***

ÍNDICE

1. <i>California Über Alles</i> NOVIEMBRE, 1989	11
2. <i>Castles Made of Sand</i> FEBRERO, 1990	47
3. <i>Sex Machine</i> MAYO, 1990	79
4. <i>God Only Knows</i> JULIO, 1990	109
5. <i>Love Will Tear Us Apart</i> SEPTIEMBRE, 1990	145
6. <i>Ashes to Ashes</i> OCTUBRE, 1990	181
7. <i>This Night Has Opened My Eyes</i> ENERO, 1991	213

8. <i>Your Teeth in My Neck</i> MARZO, 1991	243
9. <i>See You in September</i> JUNIO, 1991	277
10. <i>Gimme Shelter</i> AGOSTO, 1991	313

California Über Alles

NOVIEMBRE, 1989

Supongo que el chorrromoco, limpio y espeso, salió disparado desde mi glande, trazó una parábola perfecta y aterrizó en la sonrosada mejilla de la alemana dormida. El segundo ímpetu, menos blanco y más aguado, resbaló tímidamente por el capullo, como dejándose caer hasta alcanzarme los dedos furiosos con los que aún meneaba mi ya trémula polla. Había cerrado los ojos por la inercia del placer justo antes de correrme, pero al abrirlos observé el pegote de lefa que ahora descansaba en su cara. Ella, inmutable, continuó traspuesta, ajena al boceto de Pollock que le había dibujado en el rostro, y yo, con un ligero temblor en las piernas, recordé la borrachuza sucesión de esa tarde; los vinos en el bar de la facultad, las cervezas en El Mundo y los cubatas en la zona. No podía precisar en qué momento se nos había unido aquella Erasmus regordeta, pero sí era consciente del orden y culpa de las iniciativas: ella me había morreado por sorpresa y yo insistí en acompañarla a casa. Nada más entrar en su habitación, la chica se desplomó sobre la cama roncando como un pequeño jabalí. Mis intentos por reanimarla con besos torpes o toscos magreos no surgieron efecto y el euforizante nivel de alcohol en sangre hizo el resto para decidir que cascármela frente a su

cara compensaría mi anhelo sin lesionar su involuntaria negativa.

Pero ahora mismo, debido a un erróneo cálculo en la trayectoria de mi eyección, veía el viscoso reguero de mi propia esencia sobre su piel. La borrachera perdía intensidad, aunque no del todo. Pensé que la temperatura de mi secreción no desentonaría mucho con la de su acalorado moflete e incluso llegué a preguntarme a cuántos grados habría salido el semen. La sordidez del momento me devolvió de golpe a la realidad. Hice uso higiénico de la previsora caja de Kleenex que la chica tenía sobre la mesilla, me subí los pantalones y abandoné el piso con tanta premura como silencio. Fuera llovía con la impertinencia propia de un 9 de noviembre. Esquivando charcos de manera automática, repetí para mis adentros: «Me he corrido en la cara de una guiri».

En ese momento parecía un resumen válido de la noche. Técnicamente, era la pura verdad.

Mientras tanto, muy lejos de allí, miles de compatriotas suyos derribaban el Muro de Berlín a patadas.

El remordimiento apareció al día siguiente, casi antes de despertar, en ese infinitesimal santiamén en el que, al recuperar la consciencia tras una juerga, aún no sabes si tienes resaca o no. Sí la tenía, y bien gorda. Todas las posibles secuelas del alcohol ingerido habían acudido a la llamada: boca seca, lengua de trapo y paladar agrietado unido a un dolor intenso vagamente localizado en la cabeza, párpados punzantes y un estómago revuelto al borde de la arcada. Si cada uno de esos síntomas votara de uno a diez en mi malestar, yo tenía la Nadia Comaneci de las resacas.

Las desgracias físicas eran claras, definibles y caducas, todo lo contrario que el arrepentimiento, esa incomodidad grisácea e intangible que me nublabo sin llegar a nada. Como en tantas otras resacas, asumí la absurda inevitabilidad que me lleva a caer una y otra vez en lo patético. Lo malo es que, mientras me entregaba a la metafísica de la autohumillación, se me dibujó una sonrisilla imaginando el despertar de la alemana con ese rastro seco y pegajoso en la mejilla.

Su cara era el muro de mi vergüenza.

Sentado en la mesa de la cocina, desayunando unas Campurrianas con un resto de leche que caducaba ese mismo día, repasé el estado de mi vida. Habían pasado cinco años desde aquel COU en California; en ese tiempo, el brillante futuro que me auguraba un dominio casi bilingüe del inglés se había diluido poco a poco en favor de una incertidumbre cada vez más espesa. Al volver de Estados Unidos me matriculé en Filología Inglesa; creía que con lo que sabía me regalarían el título, pero la incómoda presencia en el temario de lenguas muertas, literaturas pretéritas y gramáticas complejas minaron mi entusiasmo académico, tan parco y disperso desde niño que ya lo consideraba más un acto de coherencia que una tara irreversible. En resumen, debería haber terminado la carrera antes del último verano, y aún tenía asignaturas pendientes para rato.

No sentía la urgencia de licenciarme porque la salida natural de la docencia me motivaba menos que masticar chinchetos: no me veía dando clases. Estaba a gusto con esa certeza porque siempre me he sentido aliviado al librarme de responsabilidades, incluso antes de adquirirlas. También era

verdad que mis ímpetus académicos se habían relajado porque mis padres pagaban el alquiler de los sucesivos pisos de estudiantes que iba ocupando. Hacía ya tres años que Jandro, un gallego menudo y fibroso que preparaba oposiciones, me alquilaba una de las tres habitaciones de su casa. Era un tipo maniático, estricto con las normas de convivencia, pero muy cordial cuando había confianza. Este curso compartíamos piso con Christoph, un alemán alto, con entradas en la cabellera y gafas redondas que, a pesar de ser sensiblemente mayor que nosotros, venía becado por el programa Erasmus.

Mi consuelo ético era que tampoco abusaba demasiado de mi familia gracias a trabajitos como dar clases particulares de inglés o escribir aburridos publinreportajes para todo tipo de publicaciones. Cada una de esas tareas me proporcionaba una cantidad de dinero miserable, pero juntas formaban un salario indigno que gastaba en juergas de andar por casa. La vida no parecía llevarme a ningún sitio concreto. Yo a ella tampoco. Estábamos en paz.

Permanecí enfrascado en las musarañas, en este caso, en el enorme calendario de 1989 abierto en noviembre. A su lado, el segundero de un cutre reloj de pared marca Saiko dividía los minutos en sesenta martillazos. Como tantas otras veces, me pregunté por qué el fabricante se había molestado en inventar una marca falsa; esa impostora A usurpando el lugar de la genuina E era una desafiante llamada de atención sobre su propio fraude.

—*¡La Letra Escarlata!* —exclamé en voz alta, buscándome en el reflejo de la ventana.

Mi sonrisa contenía trazas de idiotez.

El espeso barro de Campurrianas y leche que forraba mi maltrecho estómago me permitiría afrontar el día, que no era poca cosa. Aproveché que estaba solo en casa para poner música mientras me duchaba: enjabonarme con la versión que los Red Hot Chili Peppers hacían del *Higher Ground* me devolvió del todo al mundo de los vivos.

Eran las tres y veinte de la tarde.

Llegué a la facultad justo a tiempo para la primera clase de la tarde: Gramática Generativa Transformacional. No solía asistir a esa asignatura que impartía el catedrático Arjona, a quien yo mismo había bautizado profesor Jirafales por su vago parecido con el personaje de *El Chavo del Ocho*, pero de vez en cuando me gustaba comprobar en directo el profundo tedio que convertía su exposición en un mantra hipnótico del aburrimiento. Sus clases me ayudaban a magnificar mi pasión por la risa, las cervezas, la música, la tele, las mujeres...

Las mujeres.

Una de las mayores sorpresas que me había llevado en esa carrera fue la abrumadora mayoría femenina, cosa que no sucedía en otras licenciaturas, como bien sabía por mis amigos del instituto. No sería capaz de evaluar los méritos académicos de aquella facultad, pero podría enumerar, una a una, las excelencias físicas de mis compañeras de curso. Aquella tarde, por ejemplo, éramos tres tíos y veintidós mujeres. Dedicué parte de la clase de Jirafales a observarlas disimuladamente desde la última fila. A catorce de ellas me las follaría allí mismo si me lo pidiesen.

Pero no me lo pedían, claro.

A las restantes me las follaría si me lo pidiesen estando yo muy borracho.

Pero tampoco lo hacían.

Salí de la sesión de hipnosis gramatical sediento de ruido, birra, jaleo y frivolidad. En otras palabras, desprecié la siguiente clase, Historia de la Lengua Inglesa, y me fui disparado al bar de la facultad esperando encontrar a mi amigo Bosco. Lo había conocido el primer día de universidad, cinco años atrás; él mismo se presentó al verme más perdido que Van Morrison en una reunión de gente feliz. Sólo se matriculó los dos primeros cursos; había dejado de hacerlo para darle, en sus propias palabras, «un uso más racional» a ese dinero. Creo que en su casa ignoraban que había abandonado la carrera.

En efecto, allí estaba, apoyado en la barra, muy concentrado en mirar un punto indeterminado situado en el centro de la cafetera. Me acerqué y, sin alterarse ni un poquito, preguntó:

—¿Te has enterado?

En cualquier otra situación, una entrada tan misteriosa despertaría cierta expectación, pero a Bosco le gustaba iniciar las conversaciones con una pregunta retórica.

—No, ni idea. ¿Qué pasa?

—En enero inauguran una línea de autobús directa a Londres.

—¡Hay que ir! —interrumpí con entusiasmo, sabiendo que no teníamos un puto duro para hacer ese viaje.

—Dos cervezas —pidió Bosco casi en un susurro. Tenía el extraño don de hacerse oír sin levantar la voz. Podía intimidar mucho, incluso sin querer.

—¡Nos vamos a Londres, tío! —repetí, sin saber muy bien por qué—. ¡Anarchy in the UK!

Me reí a carcajadas mientras Tom Waits —este mote era obra de Bosco— nos acercaba dos Águilas. Nos miramos a los ojos para brindar, él serio, yo con una amplia sonrisa, los

dos conscientes de que llevábamos años brindando por ese viaje.



El teléfono quebró la quietud de la casa y ese sonido me sumió en una tensa quietud. Toda actividad humana en el piso cesaba de repente. Permanecí paralizado y con todos los sentidos al acecho, como un insecto palo mimetizándose con el entorno. Agucé el oído para comprobar si Jandro o Christoph emitían ruidos que indicaran movimiento. Parecía un guepardo antes de lanzarse a la feroz persecución de la gacela teléfono. Sabía positivamente que ellos también lo hacían; si ninguno esperaba una llamada, el aparato podía desgañitarse hasta la extenuación sin que nadie moviera un dedo. El ring entrante nos convertía en mágicas estatuas del Jardín Botánico, en tres réplicas del Han Solo congelado en carbonita o en cualquier transustanciación de tres putos vagos maniáticos. Por fin, Jandro atendió la llamada. Era el dueño del piso, y eso le concedía cierta responsabilidad por mucho que compartiéramos espacio. Supe que era él porque el entrenamiento en la convivencia me permitía distinguir sus pasos de los del alemán.

—¿Sí?... Claro... ¡Pepeeeeeee!

Salté de la cama y llegué a la mesa frente a la tele donde reposaba nuestro enorme teléfono rojo. Mientras agarraba el auricular, imaginé una enorme ruleta con fotos de mis compañeras de clase en lugar de números.

—¿Hola?

—¡Pepe!

Mi madre.

—¿Quién es?

—¡Tu peor pesadilla!

Siempre la misma broma: yo fingía no reconocerla y ella me lanzaba esa falsa amenaza. Era nuestro código encriptado para saber que todo estaba bien, que no había malas noticias, que la conversación sería felizmente rutinaria. El hecho de llevar seis cursos, incluyendo COU, fuera de casa había pulido los roces propios de una convivencia jerárquica: con mi madre me llevaba mejor que bien, pero no tanto con mi padre o mi hermano pequeño, con quienes la falta de contacto había ido construyendo una cordial e inocua indiferencia.

—Te ha llegado una postal de California. Es de... JA-NI-NE —pronunciaba el nombre tal como se escribía, con la jota bien clara, usando todas las vocales y declamándolo más alto que el resto de la frase para hacerse entender.

¡Postal de Janine!

—Así que la has leído... —dije con tono burlón.

—¡Pero si no entiendo nada! —exclamó, corroborando mi acusación.

Janine.

Mi archivador mental abrió la C de California y empezó a desplegar carpetas. Mi madre seguía a lo suyo.

—Pues eso, que la firma JA-NI-NE...

Vuelta a la realidad.

—Se dice Yanín, mamá...

—¿Juanín? ¿Pero no es una chica?

Postal de Janine. Cinco años después de nuestra despedida llena de lágrimas en San José seguíamos escribiéndonos,

aunque la frecuencia había ido disminuyendo, como era de esperar. Durante los primeros meses tras mi regreso, contestábamos las cartas según nos llegaban, un tira y afloja de entusiastas folios que sobrevolaban el Atlántico como halcones feroces que combatían la distancia con el pecho henchido de amor.

Un momento, puede que no fuera para tanto.

Tres meses después de mi partida, Janine me informó de que había roto con su novio, aquel jugador de fútbol americano cuya alargada sombra se había interpuesto entre nosotros. Su reacción celosa a nuestra amistad pura —en este punto, yo mismo ignoraba las poderosas erecciones que me provocaba su mera presencia— fue el inicio del declive que acabó abriéndole los ojos: Dave no era el hombre de su vida.

La soltería de Janine alimentó durante aquel otoño la esperanza de verla para consumir tanto amor contenido. Las cartas llegaban a España y despegaban hacia California cargadas de honestos arranques que oscilaban entre su sincero compromiso y mi lascivia desatada. Sólo tenía una foto en la que apareciéramos los dos juntos, y era la que nos habían hecho el día de la graduación; de tanto mirarla me sabía de memoria cada centímetro de su ropa, cada milímetro de su sonrisa, cada átomo del brillo en sus pupilas. Pero aquella Navidad, Janine se fue a visitar a una hermana de su madre que vivía en Cleveland; lo que iba a ser una semana de estancia se convirtió en dos meses cuando a su tía le diagnosticaron cáncer. Ahí empezó el descenso epistolar que anticipó el enfriamiento de nuestro amor.

Por lo visto, no era tan eterno.

Las cartas se espaciaron. Más que halcones intrépidos, parecían pesadas avutardas. Un buen día, dos años atrás, me contó con su entusiasmo habitual que había conocido a

un tal Mark en una discoteca de Santa Cruz. Fue su última carta. Desde entonces, sólo me escribía postales.

A estas alturas, Janine era la única persona de California con la que seguía en contacto, y eso que en los meses tras mi regreso había escrito más cartas que en toda mi vida anterior. Me llegaban varias cada mes y era tanta la alegría que incluso las recibía con simiesco jolgorio, quiero decir, literalmente daba saltos por la habitación, por supuesto sin que nadie me viera. Me escribieron Kurt y Troy, dos de mis amigos de juerga, lo cual me había sorprendido hasta emocionarme, y no lo hicieron Rob o Steve, lo cual encajaba más con lo esperado. Kurt había logrado una beca parcial en la Universidad de Santa Clara gracias a sus buenos resultados en el equipo de lucha libre de Catworth y trabajaba los fines de semana en un cine para completar los gastos de su estancia en el campus. Cuando me contaba alguna fiesta de togas en su residencia, yo quería llorar de pura nostalgia y envidia. El maravilloso loco de Troy no se había matriculado en la universidad «de momento» (en feliz expresión acorde con su inquebrantable optimismo) y ya competía de manera amateur en el circuito local de skateboard. Por semanas trabajaba de jardinero en un parque municipal llamado Marijane Hamann; me sorprendí pensando que no podía haber mejor curro para él.

En cada una de las escasas y muy espaciadas cartas de mi familia de acogida cada miembro me dedicaba unas líneas de su puño y letra: la viuda Betty por pura cordialidad metodista, mi «hermano» Phil con franca desgana y Lori con vacuo entusiasmo. Yo siempre respondía con amable apatía, es decir, por pura educación. Con el paso del tiempo, se nos desmoronó el ímpetu de tanto usarlo. Un buen día cesaron las cartas.